

La velada literaria de anoche en el Círculo Mercantil.

Los discursos.-Ruidoso incidente.-Vivas al señor Unamuno.-El banquete. Manifestación en honor del rector de la Universidad.

La naciente y simpática sociedad de Dependientes de Comercio é Industria, con objeto de inaugurar su primer curso de enseñanzas culturales, había organizado para solemnizar ese acto la velada que anoche se celebró en el Círculo Mercantil y que por muchos conceptos creemos ha de ser imperecedera.

Memorable é imperecedera, porque no otra cosa pudo esperarse del vigoroso sacudimiento que anoche sufrió la espiritualidad de Salamanca, que estaba congregada en el amplio salón del Círculo Mercantil, al escuchar las voces de los elocuentes oradores designados para ocupar una tribuna por la que han desfilado las figuras más prestigiosas de la intelectualidad nacional, y si honor es éste, muy honrada ha quedado al subir á ella el sabio mundial, don Miguel Unamuno; el eminente sociólogo don Tomás Elorrieta, catedrático de esta Universidad y uno de los jóvenes de nuestra patria más elocuentes y talentosos y de más glorioso porvenir; don Gregorio Fraile, ilustre abogado del Estado y una legítima esperanza de esta su provincia, y don Víctor Mulas y don Ángel Bolao, dependientes del comercio salmantino, verdaderos generadores y organizadores de la asociación de Dependientes, que con altruistas pensamientos han sabido reunir y conglomerar lo disperso para conducir como expertos pastores sociólogos, sin producir ninguna conmoción, á la conquista de algunas reivindicaciones, y seguramente no terminarán su misión hasta que alcancen la completa redención de sus hermanos.

La velada de anoche tuvo dos aspectos: instructivo y religioso; en ella se vertieron enseñanzas sociológicas de gran utilidad y aprovechamiento para todos los que laboran asiduamente por el mejoramiento obrero; y de religiosidad, porque el verbo del rector de la Universidad, retrató magistralmente los vicios abyectos y enervadores que se han enseñoreado de Salamanca, hundiéndola en el fango nefítico de la concupiscencia, que todo lo corrompe y abrasa.

Contrapuesto á este cuadro de verdades tan dolorosas, nos indicó y enseñó el camino que todos debemos seguir para purificar nuestro espíritu del que ha de surgir el colectivo que restaure los escudos heráldicos de Salamanca.

Dió principio la velada á las seis y cuarto y la presidió el señor Unamuno, al que acompañaban en el estrado presidencial, los señores Mulas (don Víctor), señor Elorrieta, Fraile, Núñez (don Mariano), Bolao, y la junta directiva de la sociedad de dependientes de Comercio é Industria.

El salón hallábase completamente ocupado por selecto y distinguido público, entre los que recordamos haber visto á los reverendos padres Dominicos, Matias García y Fulgencio González, y los señores gobernador civil, alcalde de Salamanca, Iscar Peyra (don Miguel), Montero (don Hipólito), Muñoz Orea (don Timoteo), Serrano, Pereznebro, Guerra, Diez Ambrosio don Antonio y don Balibno), Samaniego (don Miguel), Reymundo (don Mariano), Meneu, Pinilla (don Hipólito), Pozo Cidea, Ibañez, Apráiz, Beato (don Isidro), Cañizo, Royo, Aniceto (don Mariano), Puertas, Villalobos, Sánchez Salcedo, González (don Marcelino) y otros cuyos nombres omitimos involuntariamente.

La prensa local estaba representada por los señores Sánchez Gómez, Fernando Felipe y Valencia de El Adelanto, Peña de El Casca del y Escultor de EL SALMANTINO.

Los señores oradores nos perdonarán que sólo consignemos breves líneas á sus discursos, nuestro deseo fué hacer de todas las oraciones que se pronunciaron una información extensa; pero tuvimos que frustrar por satisfacer la demanda unánime que todos los asistentes á la velada nos hicieron para que publicáramos íntegro el leído por el señor Unamuno.

Satisfacemos aquella solicitud y volvemos á encarecer á los señores Mulas, Bolao, Fraile y Elorrieta, que sabrán dispensarnos, pues el

periódico (que ponemos á su disposición) carece de espacio para reseñar, como se merecen, sus discursos.

Don Víctor Mulas, presidente de la sociedad de dependientes.

Leyó su bien escrito discurso, en el que después de atribuir al cariño de sus amigos la distinción que le han conferido al nombrarle presidente de la asociación y hacer la presentación de los señores conferenciantes, justifica la necesidad de la organización de la clase mercantil de dependientes, expresando, también, los fines que va á realizar.

Terminó mostrando su agradecimiento á las autoridades, presidente de la Cámara de Comercio y presidente y vicepresidente del Círculo Mercantil, por el honor conferido á la asociación al concederle el salón para la celebración de la velada.

El auditorio aplaudió entusiastamente al señor Mulas en distintos periodos del discurso.

Don Ángel Bolao, tenedor de libros.

Justifica su presencia en la tribuna y hace elocuentes manifestaciones de reconocimiento á la poderosa mentalidad de todos los oradores que van á dirigir la palabra y especialmente del señor Unamuno, que viene á dar á la asociación el pan espiritual y á trazar el camino de su emancipación.

Haba del movimiento societario y de las organizaciones sociales constituidas, y refiriéndose á la de dependientes, indica que aun cuando ha advenido tarde como es consciente de sus deberes, realizará su finalidad serena y sensatamente.

Refiriéndose á la propaganda de las modernas doctrinas sociales, dice que están destruyendo al mundo antiguo y que en este acto se honra al genio humano y á todos los que han laborado por conducir á la humanidad, á los proscripciones y desheredados á la tierra de promisión. (Aplausos).

Declara que el discurso de su predecesor le han sugerido consideraciones que le afirman en el convencimiento de que la presente organización social es mala; hay catedráticos que son cartagineses y horteras que pueden ser estadistas, mejores que los que gobiernan á España, que la han retrasado algunas centurias en el progreso mundial.

Lee dos bonitas poesías, sobre todo la titulada *La casa de los padres*, que producen en la concurrencia un intenso esparso de entusiasmo, que se traduce en aplausos frenéticos.

Con estas divagaciones, continúa diciendo, me he distanciado del objeto propuesto, el de felicitar al presidente de la asociación, don Víctor Mulas, por el éxito y triunfo que ha obtenido al llevar al feliz coronamiento esta organización, y como es un ideal altruista el que persigue no pediré para él una estatua, porque está muy desacreditada, pero sí, todos en nuestro pecho le levantamos un altar en el que perdurablemente le ofendremos sentimientos de fraternidad.

Concluye diciendo que la asociación de dependientes ha surgido á la vida en la hora precisa en que se ventilan hondas cuestiones para la Patria, váis á recibir enseñanzas que os instruirán y para cuya adquisición todos os debéis estimular, porque el hombre que se instruye se eleva y puede ayudar hacer una Patria, no como la de hoy, sino una fuerte por su espiritualidad y conciencia fraternal. (Grandes aplausos).

Don Gregorio Fraile.

Al levantarse, se le prodigan grandes aplausos.

Principia manifestando que esos aplausos los agradece en lo que valen, si bien entristecen su corazón, porque no es al hombre de hoy al que se los tributan, sino al barbilampión de ayer, que visitó Salamanca para difundir ideales santos y nobilísimos.

Al ocupar esta tribuna, mentiría el no dijera que ha lome embargado de una profunda emoción, y si no expresara el temor de que á la inteligencia no responda mi palabra al ocupar una tribuna desde la que la han dirigido á Salaman-

ca, hombres talentados y preclaros.

Sin embargo, y aun dentro de mi natural azaramiento, me pareció grosería no aceptar la invitación que se me hizo, y la acepté, y si no cumplo, sométome á la benevolencia de la asociación de Dependientes de Comercio é Industria.

Hace constar que viene sin preparación, porque cuando fué invitado para este acto, otros asuntos profesionales de grave trascendencia le tenían abstraído y preocupado.

Estudia el orador prolijamente el reglamento de la sociedad, cuya ejecución conquistará el mejoramiento de la clase, y felicita al presidente, que ha conseguido hermanar á todos sus compañeros en un sentimiento de solidaridad y en el supremo de respeto á sus superiores.

Felicita á todos y espera que con las clases que van á inaugurar, se capaciten conforme al artículo segundo del reglamento.

Estos conocimientos han de servir para vuestra redención, pues asistiendo á las clases pasaréis del mostrador al escritorio, que debe ser vuestra aspiración.

Al realizar esta transformación, seréis el comisionista, el factor, el agente de cambio, que acerque los productos á quien los necesita.

Realizando el reglamento, tendréis un arma defensiva contra cualquier ataque violento individual ó colectivo; y de este modo laboraréis la emancipación de otros que están sufriendo la esclavitud y redimiréis también al elemento femenino de acosaciones indignas y prostituyentes. (Aplausos).

Finaliza diciendo que la deferencia de la asociación le había traído á esa tribuna, y que se ofrecía desde ella en cuanto es y pueda valer, á la sociedad de dependientes, porque era hijo del más humilde de los dependientes de aquí. (Aplausos).

Don Mariano Núñez.

Leyó una inspiradísima poesía, que fué repetidamente aplaudida por el auditorio.

Don Tomás Elorrieta.

Ilustre catedrático de esta Universidad, y uno de los jóvenes de nuestra Patria que está designado por su elocuencia y vasta cultura, á ocupar, en día no remoto, un elevado puesto en la política nacional, y quizá, sin ser hiperbólicos, al ejercicio de funciones directivas en el Poder público.

Al arguir su figura en la tribuna, es saludado por los aplausos de la concurrencia.

Comenzó su discurso con las siguientes palabras: «Estamos asistiendo desde hace algún tiempo al hermoso espectáculo del despertar de la conciencia social de los trabajadores de España. Todos los días nos comunica la prensa la noticia de la fundación de una nueva sociedad obrera. Y últimamente se ha extendido de tal modo este movimiento de asociación, que en todo España y hasta en aquellos pueblos que por su espíritu tímido parecían condenados á una eterna desorganización social, brotan sindicatos obreros con la misma espontaneidad y pujanza con que brotan las flores en el campo los primeros días de la primavera. (Aplausos).

Entre las nieblas grises que envuelven el porvenir de nuestra Patria, yo sólo veo un rayo de esperanza y es el que se refleja en el despertar de la conciencia social trabajadora, porque la historia política nos muestra como es el movimiento obrero la fuerza principal que impulsa á esa corriente de ideal moral que ha elevado estos últimos años la vida pública de las grandes naciones europeas.

Continúa estudiando detenidamente la legislación social de Alemania é Inglaterra, poniendo de relieve todo lo que el Estado hace en aquellos pueblos por el bienestar del pueblo y todo lo que el Estado español podía hacer y no hace por el bien de nuestro pueblo.

No es extraño que con las leyes trágicas que presiden la vida de los obreros españoles sean tantos los que emigran á tierras lejanas en busca de una mayor justicia so-

cial. Recogiendo frases del señor Unamuno, dice que los emigrantes no se van: les echamos nosotros de casa, al dejarlos huérfanos de toda protección social, al encogernos de hombros ante el espectáculo de su miseria y sus padecimientos. (Grandes aplausos).

Refiriéndose á las relaciones entre la asociación obrera y el capitalismo dice que hay dos clases de capitalistas: los emprendedores y los rentistas.

Los primeros son los que dedican el capital á empresas industriales, comerciales y agrícolas, y constituyen actualmente poderosos instrumentos de progreso. Estos hombres no temen á las asociaciones obreras; antes al contrario: las fomentan, porque saben que la vida industrial necesita obreros inteligentes, conscientes de sus deberes y no tiene conciencia de sus deberes quien no tiene conciencia de sus derechos. (Aplausos).

Los rentistas son los que dedican su capital á préstamos usurarios, títulos de la deuda, adquisición de fucos que luego no explotan y á empresas análogas que les permitan vivir sin otras preocupaciones que las de beber, jugar y levantar el polvo de las carreteras. Estos son los peores enemigos de la organización obrera, porque saben que la primera aspiración de los trabajadores es gravar con fuertes impuestos á la riqueza improductiva y á los vicios sociales, y limita las facultades de los propietarios para emancipar á los colonos.

Aludiendo á las riquezas naturales que en España se pierden sin que nadie las explote, se lamenta de que no se pongan en explotación los cerebros de los rentistas, que á juzgar por los años que llevan en barbecho deben ser tan fértiles para la producción de ideas como las tierras vírgenes para la producción agrícola. (Aplausos).

Habla después de la asociación de dependientes y dice que favorecerá eficazmente los intereses del comercio, contribuyendo á remover los obstáculos que se oponen á su desenvolvimiento, de los cuales hace un detenido estudio.

Más adelante dedica una parte de su discurso á examinar el pacto de dependientes y comerciantes, del cual dicen que se quejan algunas señoras. El conferenciante expresa su idea de que el bello sexo de Salamanca, que tales pruebas de amor ha dado á la clase trabajadora con la organización de las clases universitarias, dará una prueba más sacrificando una hora de recreo para que los dependientes puedan contemplar á las futuras dependientas y descansar en sus honestas miradas, de las penalidades de las faenas diarias. Además, con la ley en la mano, demuestra que los comerciantes al aceptar el pacto aludido, se han limitado á cumplir la ley del descanso semanal.

Termina diciendo que la Universidad debe ser un foco de ideal que difunda ideas nobles por toda la Nación, y espera, por eso, que los elementos universitarios apoyarán con entusiasmo todas las campañas que como esta de los dependientes tiendan á elevar el nivel moral y material del pueblo. (Estrepitosa ovación que dura algunos minutos).

Don Miguel de Unamuno.

Después de una prolongada salva de aplausos, dice:

Señores: Estimo tan solemne para mí la ocasión de esta fiesta que me deparais, dependientes del comercio de Salamanca, que traigo para mayor solemnidad aun por escrito lo que en ella he de decir. Así podran tener mis palabras el valor de lo que se ha pensado, hasta en su más externa expresión, antes de decirlo, y escaparán á la vez á la desfiguración que siempre sufren al ser extractadas, ya que los informadores al público de estos actos apenas si cogen más que las frases de cierto reumbión y expresividad y escasamente el esqueleto del discurso. Quiero dejar bien asentado lo que esta noche os diga en este círculo llamado mercantil é industrial sin que yo sepa que tenga con el comercio ó con la industria. Cualquiera que ésta sea, una más estrecha relación que otro cualquier-

ra de los círculos ó casinos de nuestra ciudad.

Y hoy á este mi acto de dirigiros ahora la palabra, dependientes del comercio de Salamanca, la solemnidad de un discurso escrito por me rodea la amargura del mar que me rebasa del corazón y tengo que echarla fuera. Es, en efecto, el mar ó más bien, pantano de aguas estancadas y melíticas que nos rodea tan amargo, que no hace sino azuzar más y más mi sed de verdad y de justicia.

Aprovecho, pues, esta coyuntura en que se festeja la formación de una sociedad de dependientes del comercio, de los que los imbéciles y los presuntuosos llaman necliamenmente horteras, para pedirnos que contribuyáis á la restauración moral de nuestra querida ciudad.

Y os lo pido, porque os conozco. Es decir: conozco el honrado gremio á que pertenecéis.

Entre dependientes de escritorios mercantiles; entre escribientes de comercio y tenedores de libros, trascarrieron mis mejores días; con ellos, y no con compañeros de estudios, tenía mis solaces en las vacaciones de mi carrera, pasadas en la dulce tierra natal. Y puedo aseguraros que encontré siempre en ellos una curiosidad más despertada, un más fresco y más vivo deseo de aprender y de enterarse que no el que debería haber en los que á Ciencias, Letras y Artes se dedican. Acaso porque nuestro sistema de enseñanza mata la curiosidad, fatigándola en vano y agosta las ilusiones del anhelo de conocer.

Y hay otro aspecto de la honrada profesión á que os dedicáis sobre el que llamé por primera vez mi atención la lectura de un libro en que se describían las costumbres de la en un tiempo colonia española del Rio de la Plata y hoy República Argentina. Y es que los ricos hacendados del campo de aquella tierra mandaban á sus hijos á alguna tienda de comercio de Buenos Aires para que en ella, tratando á diario con los clientes ó parroquianos, á quienes le y que atraer, complacer y dejarles con ganas de la vuelta, aprendieran buena educación, modales de cortesía y figura de trato. Pues de hecho influye en la prosperidad de una casa de comercio, sobre todo al detalle y por menor, tanto las prendas de sociabilidad como la seriedad en las transacciones.

Y tan es esto así, que más de una vez sois vosotros, los dependientes del Comercio, blanco de las estúpidas y torpes burles de los que en el fondo sienten predilección por la barbarie, á cuenta de esa mayor suavidad de trato y mejor urbanidad que en nuestro oficio se adquiere.

Y este es uno de los puntos en que quiero hacer hincapié esta noche para exhortaros á que procuréis que esa buena crianza que la necesidad de atraerse clientes fundamenta en los que al comercio se dedican, se extienda por nuestra ciudad toda, á la que tanto importa atraer también visitantes que amen el arte, y que lejos de atraerlos los repele más de una vez con el espectáculo, por desgracia frecuente, de una gran grosería y torpeza de formas con los retosños, desahogos y manifestaciones de un público mal educado.

Es, en efecto, una de las cosas que más constriena el ánimo ver la forma de tumulto y de tumulto bullanguero que al punto aquí toman las manifestaciones públicas y ver por ejemplo, que así se ve á una pareja de orden público conduciendo á un detenido cualquiera al Ayuntamiento, se forma un grupo de chiquillos mal criados, y aun de mayores, que siban á los agentes de la autoridad y piden su suelta al detenido, sin saber siquiera ni quién es, ni por qué se le detuvo, sin embargo una cierta excusa, ya que no justificación, en abandono y en exceso de la llamada clase dirigente, de los de arriba, según puede decirse, clase que en Salamanca se distingue por el más repugnante egoísmo, por una cordarda inextinguible y por algo más de que he de hablaros luego.

Tenéis, creo, el deber de influir por vuestra parte para que este

ambiente de ineducación social se modifique y tenéis también el deber de contribuir á la modificación de las formas en que la lucha entre el capital y el trabajo ó si se quiere entre patronos y obreros viene presentándose.

Habéis fraguado una asociación de dependientes de comercio, asociación naturalmente cooperativa y á la vez de defensa, ó si queráis de resistencia contra las posibles exigencias desmedidas de algunos de vuestros principales.

No he de caer en la obvia tentación de repetir os aquí y ahora los lugares comunes todos que en prestigio de la asociación suele ensartarse en estos casos, pero si me habréis de permitir que os diga que la unión no sólo hace la fuerza, sino que hace también algo que va le tanto ó más que la fuerza y es la conciencia, la idea. Una clase social, un gremio, un grupo cualquiera de hombres unidos por un lazo cualquiera, un pueblo, no llegan á cebrar conciencia colectiva, sino cuando de veras se unen y al unirse hacen sentimiento consciente del que era interés común. Unid á obreros y el ideal surgirá de la unión misma.

Os he dicho que acaso vuestra sociedad tenga que llegar á ser una sociedad de defensa, ó si se quiere de resistencia contra posibles exigencias desmedidas de vuestros principales, acaso contra intrusiones en vuestro derecho. No ha mucho que conseguisteis que esos principales cierran sus comercios á las siete, y estoy seguro que conseguiréis también, así que os lo propongas, que cese el abuso de que no guarden el descanso dominical, fundándose en una real orden, del más bajo origen político, es decir, electoral, que se basó, á su vez, en el embuste de que haya aquí feria los domingos.

Pero estas luchas entre patronos y obreros, ó principales y dependientes, á mi entender inevitables mientras subsista el actual régimen económico-social, cabe mejorarlo y perfeccionarlo como toda lucha y guerra. Pues si es merced á la lucha como se cumple el progreso, no sólo humano, sino de la evolución vital orgánica toda, la lucha misma está sometida á progreso y mejora.

Y es precisamente en vuestra profesión, dependientes de comercio, donde los inevitables conflictos económico-sociales pueden adoptar sus formas más blandas, más humanas, más civilizadas. Porque vosotros, sobre todo los que servís comercios al detall, detrás del mostrador, convivís con vuestros principales ó empresarios, trabajáis al lado de ellos, y casos hay en que formáis parte de su familia, si es que no acabáis por entrar legal y virtualmente en ella por bajo el más dulce yugo á que un hombre se somete. Tiene, en efecto, la asociación de comerciantes y dependientes suyos un cierto carácter de patriarcalidad de que otras relaciones de trabajo carecen, especialmente en estas pequeñas casas de comercio provinciano, que no pocas veces sirven, á la vez, de centros de tertulia ó mirador de ociosos amigos de la casa, tan lejos de esas grandes almacenes anónimos en que puede ocurrir que el desgraciado dependiente ni vea apenas al verdadero principal, si le hay, y no es sólo un gerente de una sociedad anónima sin entrañas.

Vosotros trabajáis en pequeños comercios de una pequeña capital de provincia, con todas las ventajas de familiaridad de que acabo de hablaros, pero con todos los inconvenientes también de semejante régimen. Trabajáis en pequeños comercios donde hay que vender al fiado á pequeños funcionarios de sueldo mequino ó inseguro, tramposos por necesidad ó por hábito, lo que lleva consigo el funesto sistema del regateo ó chalaço y lo no sujeción al precio fijo. Y esto trae en el orden moral, el que haya que esgrimir la mentira si queréis, para colar el gineco y huya que acudir á otros procedimientos de astucia más ó menos fraudulenta que han valido la mala fama de que gozan á los que se buscan la vida al amparo del caduco de

Mercurio, dios del comercio, pero no sólo de él.

Debe entrar, pues, en los propósitos de vuestra asociación mejorar y purificar la ética mercantil e imponer esta purificación a vuestros empresarios. ¿Puede creer acaso nadie que el principal de un comercio tengan derecho a exigir que su dependiente le sea veraz y sincero en sus relaciones con él, cuando sea éste, el mismo principal el que le enseña a engañar, mentir, ó a aislar al parroquiano? Equivaldría a tanto como creer que un empresario, que por desventura haya caído en un vicio ó lo explota, que es peor, puede moralmente hacer pagar a un dependiente suyo que en ese mismo vicio venga a caer las consecuencias de tal caída.

Es el comercio, noble y sinceramente ejercido, como dicen que lo ejercían los cuáqueros, usa, no ya de las más necesarias, sino de las más moralizadoras profesiones, de las que más contribuyen a ensanchar los horizontes de la vida y a dulcificar las costumbres; pero es también una de las que más fácilmente degenera en usura. Y vosotros, dependientes del comercio de Salamanca, estáis obligados, no sólo a elevar aún más el nivel moral, que yo me complazco en creer muy alto, de este comercio, sino a influir en el tono general de la moralidad pública de nuestra ciudad, que necesita de muy honradas sacudidas.

Porque es menester decir muy alto que si aquí florecen algunas virtudes públicas, son casi exclusivamente las pasivas, dado caso de que sean virtudes, las que consisten más bien en hacer el bien, en abstenerse del mal, sobre todo cuando éste lleva aparejada sanción efectiva por la ley.

No digo un soplo, porque esto es algo activo; pero si se respira aquí un vaho amodorrador de egoísmo y de cobardía cívica. En los círculos, centros y casinos donde nuestra clase media se reúne, murmurase de continuo contra la indisciplina é ineducación de nuestra masa popular, y son, sin embargo, esas clases, las que debían ser directoras, las que murmuran, y en caso de conflicto, piden á las autoridades un rigor de que son incapaces ni para sí ni para los otros, son esas clases las que con su egoísmo, con su cobardía, con su mezquindad de comedres chismosos y envidiosos, son esas clases, digo, las que dan el peor ejemplo.

¿Cuándo han acudido con sus ahorros esos, los de alma de usureros avarientos, á las necesidades de la ciudad ó á sus anhelos de mejora? ¿Cuándo han ido á ejercer en el jurado las funciones con que podrían atajar no pocos de los males de que se lamentan y acabar con la vergüenza de jurados que se venden y corrompen, y con la vergüenza, aún mayor, de abogados que los compran ó los corrompen, después de haber andado indecorosísimamente á la caza, con todo género de trampas, del cliente?

Vivimos, señores, en una ciudad henchida de recuerdos de espiritualidad, de arte y de gloria; pero que ha venido á ser parte hospicio, parte mesón, parte timba, y acaso aquello, lo de hospicio, como compensación á lo otro.

Vivimos en una ciudad llena de fundaciones que se llaman caritativas, de hospicios de Juan de Robres, donde aún es una institución la sepa boba, donde hasta oficinas de servicio público acaban por convertirse más ó menos en asilos de inválidos, y donde la clase adinerada, la burguesía del terruño, del comercio ó de la industria, cuando no tiene que defenderse del proletariado no es que se enmohezca, se degrada! Y bien venida será, dependientes del comercio de Salamanca, vuestra asociación, aunque sólo sirva, unida y asociada á su vez á las de otros asalariados de la fortuna, para impedir que esos pequeños rentistas se vayan tranquilos á sus círculos á matar el tedio y la ociosidad de espíritu en la brutalizadora tarea de pelarse los bolsillos los unos á los otros con el juego—ocupación de los cortos de inteligencia—ó en murmurar, despellejándose mutuamente las horas, ó en quejarse, como inválidas vejezuelas, de no sé qué pavorosas perspectivas.

Y no es lo peor esto, señores, no es lo peor. Lo peor es que, ó no queremos ó no sabemos darnos cuenta de ello, que parece como si esta noble é infortunada ciudad, careciese de conciencia pública, como si hubiese miedo de romper una cierta consigna de semisilencio.

Si, ya sé, ya sé que se me dirá que esto que hago no es práctico, para mí se entiende, ó muy bien, que son cosas mías, cosas de Unamuno, paradojas acaso. Alguien podría decirme que carezco del sentido de la realidad, y así es; por realidad no se entiende más

que medrar uno—¡miserable medro!—y colocar á la familia. Ocho hijos—y; más prefiero verlos sin otro patrimonio que mi nombre, á dejarlos regularmente colocados, teniendo que pasar por el más leve dabo á los ideales éticos de mi conciencia y aun cuando la infracción hubiese de quedar sepultada en lo más hondo de mi memoria, é ignorada para los demás.

Y considero faltar á esos ideales, hacer traición á mi conciencia seguir callando porque los demás callan y no alzar mi voz, ya que por disposición suprema y para mi cargo más que para mi beneficio, goza de más autoridad que las más de esta ciudad, y alzarla cuando las otras lenguas siguen callando y los corazones que debían moverlas acomodándose al público desaliento ó á la cazurriería pública.

Y no quiero callar donde la cobardía llega á tal punto que no se compra ni se vende la palabra, lo cual tendría una cierta grandeza que nace del riesgo que corre el que habla vendido; no, ¡no se compra ni se vende la palabra, sino algo peor: más bajo, más vil, más cobarde, más degradante, se compra y se vende el silencio!

Y he de añadir aquellas palabras del Prometeo esquiliano: «doloroso es decir estas cosas, pero es dolor callarlas.»

Una terrible paz modorrrienta, una paz de osario moral, pesa sobre nuestra ciudad víctima de un triste compadrazgo de donde ni siquiera un eficaz y arrollador cacique surge. En todos los órdenes, acabando por el político, la consigna es la quietud.

¿Pero, á qué os hablo de política si aquí no existe, y los que por políticos se tienen y pasan, á penas duras si llegan á más que electores más ó menos hábiles? Porque háse llegado á tal degradación de ideas y de sentimientos, que se estima que un partido ó una partida política, no es más que un medio de organizar elecciones para conseguir el disfrute del poder y ejercer éste luego á beneficio de los amigos y hasta de los enemigos para atraerlos. Los ideales políticos sucumben ante la caza del voto. Aunque, no; no sucumben, porque no existen. Y por electoraria, eran ayer los taberneros, grandes mufidores, según se dice, y apornadores, supongo que sobre todo de borrachos, los que invalidaban una justísima y muy útil ordenación económica de nuestro municipio, y pueden ser acaso mañana algunos de nuestros principales, los que logren mantener el embuste de la feria dominical de Salamanca.

¿Quién no es por lo menos elector? Pues sólo con serlo tiene ya un título al apoyo, justo ó injusto, de cualquier galanteador de demócratas. Y así á éste una es funesta blandangüeria de espíritu que se enmohece no ya sólo ante toda inocencia sino aun ante la delincuencia, y no llega á casi todos á pedir que se aice la mano, veréis que apenas hay falta que lleve su castigo. Fíjans en el concejal que desde el día mismo en que se posesionó de su cargo sólo aspira á la reelección, y decide si no ha de posponer los intereses públicos á los de cada uno de sus electores, ya que para éstos el bien común no cuenta nada. Y hay ciudadanos á quienes no se puede multar, y los ministros de la autoridad municipal carecen de ella, pues ven invalidadas sus órdenes, y hace cada uno su santísima voluntad ó lo que le viene en sus reales ganas. Y he oído decir de un alcalde que cifraba su gloria en no haber destituido á nadie durante su mandato, que es como si un juez lo cifrase en no haber condenado á nadie y no por que no hubiese delicto. Y he aquí por qué á falta de mando y bajo el ejemplo de taparlo todo, de arreglarlo todo, de cachipucharlo y pastelearlo todo está demandada Salamanca, mansamente demandada, y no hay peores desmanes que los desmanes mansos.

¿Qué bien suenan estas cuatro plenas sílabas, las cuatro con a, con las más grave de las vocales! ¡Salamanca! ¡En estas cuatro sílabas parece encerrarse, como en mágico talismán, todo un sistema económico, político, filosófico y hasta religioso! Y si decís, ¡todo por Salamanca y para Salamanca! ya tenéis en esta vaciedad sonora con que rellenar cualquier penuria de pensamiento, cualquier vacío de sentimiento noble, cualquier farándula y hasta cualquier martingala.

Porque aquí, donde pese á nuestra Universidad, las ideas madres andan avergonzadas y corridas de su desnudez: donde no se siente como debía sentirse la lucha económica, ni la política, ni la religiosa, donde no hay, en fin, una ciencia pública, y no habiéndola, no puede haber órgano que la exprese y represente, ese comodo estríbulo de por Salamanca y para Sala-

manca!, ha servido para todo género de campañas, las más de ellas, fuerza de justicia es decirlo, más ridículas que otra cosa. ¡Ridículas y encubridoras! No ha servido, no, para pedir rigor contra toda clase de vicios, y no hago distinción entre ellos, porque seguir dando aguardiente al borracho en una taberna, ó el ser empresario de casa de juego no es superior moralmente á ser chulo de mancebía ó corruptor de menores—puede darse varias de estas cosas juntas—no ha servido para pedir claridad en asuntos turbios pero sí para inocentes y nada comprometedoras farándulas, centenarios tartarinescos, festejos, fantásticos legados marquesiles, absurdas Universidades hispano americanas, olímpicos é imperiales juegos florales, dignos de Tarazoná, y... que se yo qué más.

¡Y luego miedo, miedo, miedo! En esta ciudad donde tanto abundan los vivos que se hacen el muerto, ¿quién da cara cuando el caso llega?

Y luego nos quejamos todos y se habla de la Cenicienta... La Cenicienta, si, la puerca Cenicienta, pero es porque carece de coraje para limpiarse material y moralmente de ambas porquerías.

Y así como no creo que haya que esperar á la tan deseada obra de saneamiento, para que no ensucie nuestras calles todo aquel á quien le entre en ganas, á cualquier hora del día y casi en cualquier parte, no creo que tengamos que esperar á una gran obra de saneamiento moral, que sería una sacudida de orden económico social ó político ó religioso si queréis para impedir que ensucien y entristezcan nuestros hogares aquellos á quienes les entre en ganas fomentando y explotando vicios, provocando suicidios, alimentando la zorrería cazurra, del encubrimiento cobarde del egoísmo inhumano.

A las veces se habla entre nosotros de pueblos agitados por apasionadas luchas sociales y políticas, de pueblos en que anda la gente á disparos por las calles y en cuyos concejos llegan hasta negarse el saludo unos á otros los concejales de contrapuestos bandos, y se compara con esta dulcísima y modorrrienta quietud tan grata á los mangoneadores, pero yo os digo que en esos pueblos por lo mismo que la acuidad de las luchas ha llegado á tal punto, la fiscalización es más severa, mientras que en estos otros todos, blancos y negros, se entienden para encubrir ¡pobrecito! al débil de conciencia ó al débil de entendimiento, al defraudador ó al inepto. Y no de graves faltas, no. ¡Dios me libre de exagerar las cosas! No, ni para el mal nos queda ya aquí grandeza.

¡Pero esa pequeña infracción... ó no... no! no vale la pena... es ridículo hacer el Catón... echar por mí y mañana por tí... hoy tierra, ehar tierra, que cualquiera tiene un leve deslíz!

Y todos tan contentos en esta vieja Salamanca — ¡sa la-man-ca! — de noble abolengo liberal, aunque alguna vez, comprándola, la haya representado un anti liberal cualquiera. ¿Pero quien pone en duda nuestro probado liberalismo? Basta ver las elecciones, pues sabida cosa es que en nuestras elecciones políticas, se votan ideales y no personas. Y aquí votamos todos, como un sólo hombre, el alto, el sublime, el universalísimo y purísimo ideal de ¡todo por Salamanca y para Salamanca! ¡Y aquí no ha pasado nada... es decir aquí no pasa nunca nada!

¡Y cuanto no nos queda por hacer en este ideal altísimo hasta conseguir que nuestra ciudad sea el mejor hospicio, la mejor posada, la mejor timba de España! Y no es que olvidemos, no, los intereses materiales ó intelectuales. Allí está nuestra Universidad gloriosísima, donde sí los que en ella trabajamos nos portamos patrióticamente, sin extremar un rigor indiscreto, conseguiremos atraer á los estudiantes que no se nos vayan á institutos rívoles y padezcan los sacrosantos intereses materiales de las patronas, los patronos y tal vez la ciudad.

Si, ya sé, señores, ya sé que no se debe desatender los intereses materiales y que si no sólo de pan vive el hombre no vive sin pan, pero sé también que hay que saber entender esos intereses materiales y su materialidad misma, y que en ningún caso deben posponerse á los morales.

A los morales digo, á los morales. Mas para entender de moralidad, para sentirla, ni basta intelectualidad ni en rigor hace falta que esta sea excesiva. No es por intelectual por lo que se siente el aspecto moral de los problemas, no. Mas si hay alguien á quienes les está vedado la comprensión y el sentimiento morales de las cosas, es aquellos que albergan en el alma frías un escepticismo materia-

lista, si es que á mayor abundamiento no viven de explotar la vanidad y el vicio ajenos.

Y por lo que hace á la recta inteligencia de los intereses mismos materiales, de su misma materialidad, ¿creéis que atiende el interés de su familia el padre que para aumentar en cuatro ochavos su jornal, arranca á sus hijos de la escuela, condenando así su porvenir, para que vayan á mendigar por los caminos ese miserable añadido? ¿creéis que atiende el interés de su familia la patrona dehuéspedes que para obtener cuatro ochavos más diarios de un nuevo parroquiano embanasta á sus seis hijos en un hadiondo y asfítico zaquizamí? ¿creéis que los atiende—los intereses materiales, digo—un pueblo que descuida y abandona servicios de enseñanza, de solubridad, de bienestar públicos, para retener cuatro consumidores más ó currenta?

Poró á qué os hablo del mayor bienestar, de la mejor salud, de la mejor cultura, de los hijos en esta ciudad, en que una triste experiencia me ha enseñado agua frecuente es el caso de la *gonofagia*—lo diré en griego por pudor—de los padres que se comen á sus hijos, y cómo instituciones que se fundaron para promover la cultura y hacer ciudadanos más capaces e hábiles, degeneran con frecuencia en tristísimos institutos hospiciarios y en lamentable explotación de los indefensos menores.

Si, sí, ya sé, señores, ya sé que no se debe desatender los intereses materiales y que si no sólo de pan vive el hombre, no vive sin pan; pero sé también que sobre esos intereses están los morales, y sé que si no hace falta ser intelectual—ó inteligente, que es más claro—para entender de moralidad y sentir la, lo impide ser materialista de fé y de conducta, y sé también que los intereses materiales mismos, en cuanto materiales, en su materialidad, es preciso saber entenderlos y que no es lícito desatender á los hijos, dejándolos sin escuela ó encerrándoles á estudiar ó á dormir en una poelga, por retener al alado, aunque nos deje cuatro cuartos, ó cuarenta de ganancia al día.

Y por lo que hace á un pueblo, he creído y creo que no le es lícito descuidar lo obligatorio por lo potestativo, y habéis de permitirme también que yo, patriota como el que más, pero rector de una Universidad, crea que sólo en tiempo de guerra se pueda y hasta debe convertir un templo en una capalleriza, si no hay otra, y que cada cual rece en su casa pidiendo á Dios la victoria, ó convertir en cuartel una escuela y que los estudiantes estudien en sus hogares ó al aire libre ó en cualquier lugar improvisado.

E invocó aquí mi función pública, porque creo que es un deber de la Universidad española no sólo preparar técnicamente, para una profesión, á la juventud estudiosa sino difundir la idealidad y la espiritualidad, oponerse á filisteos y beocios, levantar la conciencia pública en lo que ésta tenga de más humano y puro, hacer intelectualidad, en una palabra; ó mejor dicho, inteligencia. Y ésta es la verdadera extensión universitaria; ésta y no otra. Tenemos que oponernos al... iba á caer en la tentación de llamarlo sanchopancismo; pero no quiero insultar al grande, al bueno, al noble Sancho Panza, al heroico escudero de don Quijote.

Si la Universidad de una pequeña capital provinciana como esta no sirve para hacerla una ciudad universitaria en el más noble sentido, es decir, preocupada de los eternos problemas humanos, del arte, de la ciencia, de la ética, de la religión, y llena de un espíritu de elevación intelectual y moral; si no sirve más que para atraer unos cientos más de vecinos—consumidores y contribuyentes—como profesores y alumnos, y para facilitar á los jóvenes de ella y su región, la adquisición de un título académico; si no ha de servir de otra cosa, vale más que la supriman de una vez y conviertan su vieja casa en fábrica de cualquier cosa ó en hotel de turistas. Y en esta ciudad de Salamanca, cuyo nombre va unido siempre al de su Universidad por el mundo—¡y el nombre es algo!—no deben ni pueden dar el tono ¡deplorable tono!—de la conciencia pública los menos intelectuales, los menos idealistas, los menos religiosos, los de menor y más bajo espíritu, los menos morales en fin; sean beocios, filisteos, cazurros, pusilánimes, usureros, jugadores é vividores.

Pero es tan triste, señores, la seducción del ambiente que hasta á nosotros mismos, Á los universitarios, á los que deberíamos ser los sacerdotes de la espiritualidad, del culto á la belleza, á la verdad y á la justicia; nos dobla no á bajas acciones tal vez, no á una

vida degradante de miserias morales y de expedientes poco dignos, pero sí á las veces á una vida de disipación y de ociosidad y de superficialidad haciéndonos pasar, no breves horas, de honesto esparcimiento sino tardes enteras y durante enteros meses agarrados al libro de las cuarenta hojas, aunque sea en el semi-inocente tréscilo y el inocentísimo tute ó á las anti-estéticas fichas del dominó Es acaso la necesidad de descansar de la abrumadora fatiga de nuestro trabajo agotador.

He recorrido no pocas capitales y no pocos pueblos de nuestra España, y os lo he de decir con la franqueza de que hago siempre alarde: cuando he ido en ellos á buscar á los elementos más intelectuales, es decir, á los más preocupados por las cosas del espíritu y á los que encauzan los problemas todos por el lado de su mayor espiritualidad, por el lado del interés más permanente, más puro, más humano y; si cabe así decirlo, más desinteresado, no he solido encontrarlos, con rarísimas excepciones, en aquellos institutos que deben ser los templos del culto á la espiritualidad y al desinterés.

Por eso es, modestos y honrados dependientes del comercio de Salamanca, que me vuelvo hoy á vosotros, y perdónarme si no he querido contenerme y dejo así verterse la indignación que me llena el pecho y que he ido rejuntaendo estos días, en el silencio de mi cuarto de estudio, agobiado bajo la amargura ola de la farsa que nos rodea y me amarga. Y para no volverme atrás, he raído todo esto por escrito. Olvidadlo si queréis y podéis, y que aparezcan como no dichas estas mis palabras para los que creen de su oficio dar cuenta pública de estos actos.

No es acaso este el lugar, ni es esta la ocasión de semejante desahogo, y debí esperar á mejor coyuntura, que ella se me ofrecerá, para dejar salir por la boca lo que del corazón me rebosa y dejarlo salir más claramente, más directamente, más concretamente, apuntando al bulto cuando sea preciso. Ocasión tendré de hablar del pandillaje comanditario que explota la charca de aguas quietas y mefíticas de donde se levanta el germen de la modorra moral. Ocasión tendré de hablar de esta política que no es política, y de toda las miserias de esta gran casa de administración.

Entre tanto, podré ir por esos lugares y aldeas predicando la buena nueva á los parias del terruño. Es fácil que de ahí venga la salvación á esta ciudad.

Porque la ciudad, lo he dicho antes de ahora, la ciudad que debe ser fuente y asiento de civilización, ya que la civilización es civil ó ciudadana, la ciudad aquí lejos de influir en el campo, en el pobre campo esclavo de latifundios y de usuras, se deja influir por él. Todos los años, en la época de la recolección, cruzan nuestras calles carros cargados de mieses, camino de las pajareras en que depositan el amargo tributo de la renta, dejando las urbanas vías oliendo á tamo. Y la ciudad, la ciudad de terranientos y más que de ellos, de sus administradores, se queda en su modorra.

Y es por esto por lo que hay que oír á nuestros ociosos de círculo, entre jugada y jugada, comentar esas peligrosas predicaciones con que se trata de despertar la dormida conciencia del campesino y hacerle ver que no es lícito endeudarse para pagar la renta, cuando para ello no se saca. Hay que oír á los que apenas ven en el campo sino materia administrable ó coto de caza y de expansiones.

La sacudida moral que puede dar sólo de espiritualidad á esta vieja ciudad, sólo la espero ya de una presión de fuera, de los campesinos que la rodean, y de una presión que desde dentro hagan las clases, como la vuestra desheredadas y ansiosas de justicia y de pan del espíritu tanto como el del cuerpo. Sólo vuestra presión puede obligar á los favorecidos de la fortuna á que no sigan teniendo en barbecho sus inteligencias y sus corazones.

He aquí porqué me felicito, como de un fausto suceso, de que os hayáis asociado, esperando que os incorporéis en solidaridad de intereses y de ideales á la asociación general de los trabajadores todos, y no solo de la ciudad misma, sino del campo.

Reciente tenéis un caso del poder de la asociación, y es el magnífico resultado que obtuvo la última huelga de obreros de la ciudad, los del ramo de construcción, imponiendo á la asociación forzosa, único recurso frente á la gran mentira, á la mentira abominable, á la patraña hipocrita y vergonzosa de la libertad de contratación—indigna sofistería del execrable individualismo burgués y que no es sino un embuste mientras el

Estado proteja un régimen de excepción y de privilegio. Pues ello equivale á pedir uno de los combatientes que se le deje á los dos libres las manos, porque sabe que el otro tiene grillos en los pies, no pi-ará jamás tierra que sea suya y se verá sitiado por hambre á donde quiera dirija sus inciertos pasos. Y es que las cosas han venido á tal estado de confusión intelectual, y más aún que intelectual moral, que suele asegurar que dá de comer á tantos á cuantos obreros á que emplea el empresario que de ellos, del fruto de su trabajo come, cuando no se los come á ellos mismos.

Cierto es que esa brava y justísima batalla que los obreros salmantinos ganaron el verano pasado, esa última huelga no se ganó sólo por la laudabilísima imparcialidad y prudencia de la autoridad civil suprema, que fué menester su cachito de motin femenino y acaso de amenaza, para ablandar los corazones, ya que no las cabezas—éstas son inablandables—de nuestros burgueses empresarios, ciertos es ademas, que á caso se llegó en ella á alguna pequeña, muy pequeña vía de hecho; pero ¡qué se le ha de hacer...! son inevitables incidentes de la lucha, y si, como dijo un amargo ironista, no tienen derecho á pedir que se les pague mejor, unos maestros que no han sabido educar una generación que les pague, tampoco tienen derecho á pedir á los obreros más cultos procedimientos los que les han estado tratando inculta y despoticamente durante siglos, los que no saben invocar sino el orden—el que ellos han hecho—apoyado en la fuerza pública Y, además, triste es confesarlo, acaso se llegó á alguna pequeña vía de hecho, pero hay argumentos contundentes, que son los únicos eficaces, cuando hemos venido á tal punto que sólo nos duele en el bolsillo ó en las costillas.

Y no sirve la caridad, no os hagáis ilusiones. La limosna es un medio de mantener un Ejército de reserva, y los más de los que fundan ó protegen asilos, es porque antes contribuyeron á hacer los asilados.

Unos, si, unos para defender vuestros intereses, unos para despertar una conciencia, un ideal colectivo, pero unos también para contribuir á levantar á este pueblo de la postración moral en que se encuentra. Sólo de la unión, de la verdadera unión de los asalariados podemos esperar una cierta tonalidad ética, digo un más ascético, un acierto aliento de religiosidad civil. Ha sido el partido obrero en España, el de los obreros con ideal colectivo, el que ha declarado guerra á las tabernas y á lo tabernario; ha sido ese partido y casi él sólo el que ha predicado contra la fiesta estúpida y estupidizadora de las corridas de toros, y es su voz en el Parlamento el que en estos días mismos eleva su voz denunciando la tolerancia de las autoridades para con el juego, otro vicio estúpido y estupidizador en que caen los corazones vacíos y las cabezas huecas.

Vosotros, dependientes del comercio de Salamanca, sois la mayoría jóvenes, jóvenes de alma, al menos; no os ha fatigado el espíritu una instrucción técnica falta de calor y de idealidad; no padecéis, me complazco en creerlo, el frío escepticismo de una prematura vejez de alma; no estáis inflacionados de ese egoísmo cobarde y cazurro de nuestra burguesía. Y creo, además, de jaldme creer, creo que arde en el fondo de vuestro pecho el fuego santo de la religiosidad.

De la religiosidad, sí; ¡porque, crédmelo, en el fondo de ese tristísimo y lamentable estado de nuestra postración moral, que como en bosquejo os he esbozado esta tarde—el cuadro queda para otra ocasión—lo que hay es ó una religión de rutina, de puro hábito, la gazmofiería del usurero que presta al 30 por 100 y oye misa diaria, ó una librepensaduría que no es más que el materialismo estúpido de los que se creen libres de añejas supersticiones.

He oído más de una vez y á más de uno manifestar su inercia en el más noble y alto destino del hombre, y manifestarla sin pesar y como algo que se acepta de grado y no que se sufre á despecho y con angustia y pedir luego, no sé á nombre de qué, que se contengan los desmanes del pueblo ansioso de bienes que los otros monopolizan. Y á esto se suele llamar entre nosotros ser avanzado en ideas!

Recuerdo ahora una celeberrima novela alemana de Freitag, en que en los tiempos en que aun palpitaba el romanticismo en la vieja Alemania, la de los trinos del ruisenor al claror de la luna, se hacía en ella el relato de los tesoros que se escondían en un corazón doblado lo más del día sobre los folios de un libro de caja ó que palpitaba sosa-

gado entre los paquetes de un almacén de pañería. Yo quiero creer que aquello fue más que un sueño de poeta; yo quiero creer que vosotros, los horteras—haced de esta palabra un título de gloria—haréis lo que no hacen los señores, ni los señores ni los señores, esos señores que son lo peste inmunda de nuestras ciudades, esos desgraciados a la caza de la dote o del momio o de la fruta del cercado ajeno y esos señores y señores que, o se arruinan estúpidamente o se enriquecen, más estúpidamente aun, por el más sordido ahorro y estrujando a los que le hacen a su capital echar crias.

Nosotros todos, vuestros principales los primeros, tenemos que felicitarlos de este vuestro acuerdo de asociaros. En cierta ocasión dije a una sociedad de estudiantes que sólo espero el despertar de nosotros sus maestros, de que ellos asociándose nos exijan no que les enseñemos, sino que les enseñemos y nos obliguen a que para enseñarnos como se debe aprendamos nosotros, que, sólo ellos, nuestros discípulos, pueden suplir el abandono moral en que el Estado que nos paga nos tiene al no inspeccionar nuestra labor técnica ni exigirnos sino a lo sumo la rutina externa y casi sólo litúrgica, de la asistencia a clase. Y si esto dije yo, maestro oficial de estudiantes, a una sociedad de ellos, digo ahora a vuestros principales y patronos, dependientes del comercio de Salamanca, que esta vuestra asociación puede y debe ser un acicate para que no se duerman ellos en su rutina, para que despertan al sentimiento de más hondos deberes que los que hasta hoy han cumplido.

No importa que frente a las asociaciones de asalariados se formen asociaciones de asalariadores. Así es y así tiene que ser y debe ser así. Porque de ello nacen luchas fecundas y nobles, que se trasportan pronto a la región de la idea, luchas de elevado carácter social, conflictos de doctrinas. Y son estas luchas las únicas que, llenando el alma de nobles aspiraciones, la libran de caer en vicios más que degradantes estupidizadores. Son esas luchas las luchas económico-sociales, políticas, religiosas, de principios y de ideales las que pueden hacer que al amparo del follaje de doradas piedras henchido de recuerdos del Renacimiento, de esta un tiempo gloriosa ciudad de Salamanca—cuando no era aquí todo por ella y para ella, sino que era ella misma para la cultura y la religiosidad patrias—al amparo de ese prestigio de los siglos surja un alma nueva digna de los grandes humanistas y moralistas, digna de los grandes místicos y los grandes patriotas que aquí nutrieron su espíritu quijotesco con el meollo de león de los principios inmortales de una vida elevada y pura, y vuelva a ser éste un templo, no sólo de la ciencia, sino de la sabiduría, de la fortaleza, de la prudencia, de la templanza, de la justicia, de la generosidad y queden allí, en la sombra, en el retrete de lo inexcusable, todas las ineludibles flaquezas humanas, avergonzadas ante la luz del nuevo día. Y entonces cuando Salamanca signifique la verdad, la justicia, la belleza, la cultura, y no mezquinos intereses pasajeros y no siempre ni todos legítimos, y entonces y sólo entonces podremos decir a boca llena: ¡Todo por Salamanca y para Salamanca!

Hasta que este día bendito llegue, podemos prepararlo y es para ello para lo que reclamo vuestro concurso como el de todos los que aquí vivan y sean de pura y desinteresada voluntad. Podemos todos constituir tácitamente, sin reglamento, sin junta directiva, sin formalidades semejantes, una asociación para el fomento de Salamanca. Para su fomento integral, se entiende; más ante todo y sobre todo para el cultural. No puede esta ciudad, ni su clima ni su posición se lo permiten, ser una casa de placeres para los desocupados de fuera y los cazadores de goce; ¡no puede, loado sea Dios por ello!, ser una de esas ciudades que compran un esplendor material puramente externo, a costa, acaso, de su propia dignidad. Esta ciudad no puede ser sino un templo, el primer templo de la cultura patria.

Y si yo lograra contribuir a que así sea podría cerrar tranquilo para siempre mis ojos a la luz clara de este desnudo sol de Castilla que ha hecho madurar mi espíritu y dejar que esta tierra parda, madre de esperanzas eternizadoras, arrojara a mi corazón al pararse éste y descansar seguro de que vuestros hijos recordaran con piedad mi obra. Que quiero sea nuestra obra, la de todos, penetrados de la gravísima responsabilidad que sobre nosotros gravita; la de hacer que sea digna de su nombre glorioso esta Sala-

manca, cifra tradicional de la clásica cultura española.

Cada párrafo de este soberano discurso fué calurosamente aplaudido y la ovación que se le tributó al finalizar la lectura, fué colosal.

Incidente.—Vivas á Unamuno.

Al concluir su discurso el señor Unamuno y pronunciar la palabra de ritual, de dar por terminado el acto, el director de *El Adelanto*, don Mariano Núñez, se dirigió á él, y profirió unas palabras, altamente desprovistas y molestas para el ilustre rector.

En aquel momento, es inenarrable la protesta unánime que se exteriorizó; toda la concurrencia que había asistido á la velada, como herida en sus sentimientos, prorrumpió en vivas á Unamuno y fueras al insultante.

También nosotros fuimos de los primeros en protestar y censurar energíca, franca y resueltamente de la conducta del señor Núñez (don Mariano), porque no nos explicáramos la causa, razón, ni motivo que le hubiera inducido á agravar al señor Unamuno.

Si del discurso, como habrán apreciado nuestros lectores, no podía inferirse ninguna alusión manifiesta al director de *El Adelanto*, entonces nos preguntábamos ¿por qué ha maltratado de palabra al eximio conferenciante?

Indudablemente, su actitud era irreflexiva, y el mismo hubo de reconocerlo luego, con ocasión del banquete.

Momentos antes de empezar, don Mariano Núñez se levanta á expresar su sentimiento por las palabras que ha pronunciado contra el señor Unamuno, y las cuales dijo habíalas pronunciado en un momento de acaloramiento.

Contéstale el señor Rector que no ha tratado de zaherir en su discurso á individualismos de ninguna clase, sino poner en la picota un estado de cosas deplorable, al cual todos hemos contribuido, yo—dice—por haber callado todo lo que me dicho y más que diré, si tengo ocasión para ello.

Las últimas palabras del señor Unamuno fueron ahogadas por calurosos aplausos.

Acto seguido se celebró el banquete al que asistieron cerca de trescientos comensales, sirviendo un escogido menú el acreditado café Suizo.

Recordamos entre los asistentes, á más de los festejados señores Unamuno, Elorrieta, Fraile y cuantos individuos integran la Asociación de dependientes, á los señores Gobernador civil, Alcalde, los profesores señores Meneu y Apraiz y los señores Sánchez Gómez por *El Adelanto*, Hernández Peña por *El Cascabel* y Sánchez Vázquez por *El SALAMANTINO*.

A la hora de los brindis, se levanta el presidente de la Asociación, dando lectura á una carta de adhesión del director de *La Ciudad*, señor Iscar Peyra, que se encuentra ausente. Después ofrece el acto en honor de los señores conferenciantes, dando las gracias en nombre de la Sociedad á todos los que han contribuido al esplendor del acto de propaganda. Por lo avanzado de la hora, concede exclusivamente la palabra al señor Unamuno.

Este se levanta á hablar en medio de una estruendosa aclamación. La magnificencia del brindis pronunciado por el señor Unamuno, cautivó de tal manera al auditorio, que puesto en pie y con aclamaciones entusiastas no cesó de interrumpir el verbo cálido y amoroso con que matizó su grandilocuente oración de la que hacemos un extracto: Señores y amigos míos: Yo debía, quería, tenía que dirigiros algunas palabras, y he rogado al señor presidente me lo concediera.

Habréis oído que en los primeros años del cristianismo eran públicas las confesiones, y el que sentía el peso de la culpa, reunía á sus hermanos y les mostraba el alma.

te, que he ido por el mundo sembrando ideas sin otra finalidad, que la de implantar el reinado de la bondad y de la verdad. Yo tenía que denunciar, yo tenía que confesar el estado social de Salamanca; soy padre de la carne pero también soy padre de muchos espíritus y he tenido que atajar en mi propia casa, el ambiente nocivo que se aspira en esta ciudad. Será tal vez una quijada lo que haya hecho esta noche, acaso una paradoja, pero se lo que es un hogar sencillo, puritano y casi cáquero.

Aquí el señor Unamuno hace una hermosa descripción de sus días de la infancia, en que huérfano de padre á los seis años y en aquellos días tristes para su pueblo, cuando sobre él caían las granadas, todos íbamos a cobijarnos en los brazos de nuestra madre.

El discurso de esta noche, ha sido un grito del alma que desea la rememoración espiritual para Salamanca.

Después de consideraciones altamente éticas que hizo el señor Unamuno, terminó diciendo, que no quería que su nombre se tragara y llevara con motivo del acto celebrado esta noche, pues su propósito exclusivo, era hacer conciencia colectiva.

Una estruendosa y continuada salva de aplausos ahoga las últimas palabras del señor Unamuno, oyéndose repetidos vivas al rector de la Universidad.

Después, un inmenso grupo compuesto de dependientes, estudiantes y profesores, acompañó al señor Unamuno hasta su casa, entre repetidos vivas y aplausos.

Gloriosa por muchos conceptos para la sociedad de Dependientes de Comercio é Industria fué la velada de anoche.

Pianos y Música

ALMACÉN DE J. DE BERNARDI

Música y estudios de todas clases. Pianos de las mejores marcas nacionales y extranjeras, con rebaja de precios de los catálogos de las fábricas Chassaigne Frères, Erard, Pleyel, Raynaud Frères y otras varias. Garantizándolos por cinco años de todos los desperfectos que puedan ocurrir. Armoniums de las mejores marcas de París. Los pianos y armoniums se sirven á cualquier punto de España, libres de portes y riesgos. Ventas al contado y á plazos. Cambios y alquiles. Organos de todas magnitudes, por encargo. Pianos á manubrio, acordeones, violines, guitarras, bandurrias y demás clases de instrumentos. Accesorios para toda clase de instrumentos. Cuerdas de violín, guitarra, etc., desde diez céntimos. Reparaciones y afinaciones con perfección.

Galle de Zamora, 28, Salamanca



Los mejores para desayuno, postre y merienda

Chocolates y velas de cera.

GRANDES FABRICAS movidas por electricidad y vapor.

Mateo Martín García
Peñaranda (Salamanca).

Ha tenido la viatualidad de asociar a todas las clases de Salamanca en un mismo sentimiento: el de sanear y purificar el ambiente de letéreo que desde luengos años veníamos aspirando con grave daño para los intereses morales y materiales de la población.

Gracias al señor Unamuno, especialista en quirúrgica espiritual, hoy podemos levantar los corazones a la esperanza que brilla en el iris redentor que anoche irradió su soberana inteligencia sobre el horizonte de Salamanca.

EL SALAMANTINO, que viene laborando constantemente por esta renovación de Salamanca, se enorgullece de que haya llegado el momento de que toda la opinión coincida con las campañas que ha venido sosteniendo á este hn.

A la sociedad de dependientes nada le ofrecemos: porque ya sabe que las columnas de este diario, sin convencionalismos de ningún linaje, leal y noblemente, ha sido, es y será paladín incansable, de las reivindicaciones del proletariado.

Su conducta es bien conocida; la atestiguan la huelga de los obreros del ramo de construcción, la de ferroviarios y cuantas se planteen en demanda de justas y legítimas aspiraciones.

No adulamos: ejecutamos. La actitud de los estudiantes. Esta mañana, los estudiantes no han entrado en clase en ningún centro oficial, constituyéndose un numeroso grupo que en actitud correctísima, se encaminó a la redacción de *El Adelanto* en protesta por las frases injuriosas del director señor Núñez contra el señor Unamuno en el acto de anoche.

La presencia de los señores gobernador y alcalde, hizo que se disolviera apaciblemente la manifestación, acordando después tener una reunión esta tarde a las cuatro, en la Universidad.



Norddeutscher Lloyd.
VAPORES CORREOS DEL «LLOYD NORTE ALEMAN» DE BREEMEN.

Línea de Cuba
PARA LA HABANA

saldrá de Santander el día 20 de Noviembre de 1912 el magnífico y rápido vapor de 14.400 toneladas y dos hélices

HANNOVER

admitiendo pasajeros de cámara y de tercera clase. Estos vapores fueron construídos expresamente para el transporte de pasajeros; tienen magníficas instalaciones para los de tercera clase, á los que se les da cama con ropa, pan fresco y vino á todas las comidas, y asistencia médica gratuita. Tienen instalación eléctrica y llevan cocineros, panaderos, camareros y camareros españoles.

PRECIOS DEL PASAJE.—Pasaje de cámara, 425 pesetas, más los impuestos. Idem de tercera clase, 195 pesetas, más los impuestos.

Agentes de la compañía: **Erhardt & C.**

Para informes sobre pasaje de tercera, dirigirse á

Don Laureano Díaz
Boulevard de Pereda (Muelle), 17.—Santander.

Máquinas de lavar
DE RESULTADO PRÁCTICO COMPROBADO

Rápidas, fáciles de manejar, higiénicas, económicas de tiempo, agua y ropa, pues esta sufre menos y con el lavado ordinario.

VARIOS TAMAÑOS

Útil á todos: desde la familia más reducida hasta la más grande establecimiento.

Método de lavar *Todo Va*

Bañeras Jajag.

VENTA OSÍSIMAS POR SU SOLIDIDAD Y ELEGANCIA Y POR EL POCO ESPACIO QUE OCUPAN.

Concesionario para Salamanca y su provincia

CAMPO HIJO

SAN PABLO, 3 al 11

en cuya casa-comercio pueden verse al natural ambos objetos y se facilitarán prospectos ilustrados é instrucciones gratis, á quien las solicite.

PÍDASE EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS BUENOS EL INCOMPARABLE

LIGOR GARMELITANO Y COGNAC DE MOSGATEL

FABRICADO POR LOS RELIGIOSOS CARMELITAS DEL DESIERTO DE LAS PALMAS BENICASIM (CASTELLÓN)

PREMIADO CON MEDALLA DE ORO Y DIPLOMA DE HONOR EN VARIAS EXPOSICIONES

Almacén de Maderas y Carpintería Mecánica

Arsenio Andrés, Hijo y Compañía

Donde encontrarán toda clase de maderas de hilo y sierra, tabla machihembrada de todas las dimensiones que se deseen, molduras, jambas, cajetín para luz eléctrica y toda clase de carpintería. Este casa pone á disposición del público toda su maquinaria, con personal idóneo, para trabajar por horas á precios económicos. En la misma encontrarán toda clase de materiales para la construcción de edificios, cal, yeso, cemento de diferentes marcas, etc., etc.

Avenida de Canals (Pasco de la Estación), 15.—Salamanca.

TERMINUS HOTEL CAFE BILLAR

SALAMANCA

MODERNO — CONFORABLE — HIGIÉNICO

Servicio de restaurant y para bodas, banquetes y lunches — Carnets de abono al restaurant (precios excepcionales).

Coche y mozo á todos los trenes.